



Canaguá

Canaguá, es una población muy bonita, situada en el corazón de la región sur merideña, en plena cordillera sur occidental. Esta asentada en un valle intramontano, a 1495 metros de altura, rodeada de paisajes cautivadores: verdes montañas, ríos espumosos y quebradas cantarinas. Se encuentra a 140 Km. de Mérida, sobre la Troncal que enlaza los pueblos del Sur. Posee un clima fresco de montaña, con una temperatura promedio de 18.5 °. Tanto por su población, como por su producción agropecuaria, Canaguá es el más importante de los pueblos del sur. En esta región se han asentado pequeñas comunidades y aldeas de campesinos y labriegos muy trabajadores. En los fértiles valles se cultiva café, cambures, la yuca, el maíz y la caña de azúcar. La sencillez de sus casas y las

costumbres ancestrales de la vida rural del sur merideño tan arraigadas, nos transportan al pasado. Canaguá es un lugar ideal para vivir alejado del bullicioso mundo moderno.

Se puede llegar por dos vías: una que viene desde Tovar, pasando por Guaraque y Mesa Quintero y la otra que parte de Estanquez, pasa por Betania y El Molino y se une a la anterior en la Y. Siguiendo cualquiera de estas rutas nos encontraremos con paisajes impresionantes de infinitas montañas, fríos páramos y valles profundos. Al viajar a Canaguá en el mes de Agosto, la montaña nos deleita con todos los tonos de verde en una sinfonía de los más variados e insospechados matices, en los lomos de los cerros. Aquí el hombre ha talado las estribaciones de la montaña para crear potreros, conucos y sementeras, pero respetando siempre los cauces de las quebradas, donde podemos ver el bosque muy espeso. En algunos de estos potreros cubiertos de quicuyo, un pasto muy fino y de color verde intenso que cubre todo el terreno como una alfombra aterciopelada, pacen los negros toros de la ganadería La Cruz de Hierro, que resaltan como lunares. Algunos letreros a la orilla del camino, ponen en alerta a los curiosos, sobre el peligro que ofrecen estos animales. Son bravos toros que serán lidiados en las corridas de las ferias delante de miles de espectadores, en un ritual de sangre y arena, y que nada tiene que ver con la apacible escena que tenemos ante nuestros ojos.



Detenemos el vehículo y bajamos para contemplar los hermosos ejemplares de casta que se pasean indiferentes con sus negras cornamentas en medio de este paisaje tan silencioso y bucólico. Respiramos el aire puro de la montaña que nos repone del cansancio producido por el largo viaje.

Dejamos la ganadería y continuamos el ascenso hasta llegar a un páramo que divide las aguas del valle del río El Molino y el valle del Canaguá. El descenso es de curvas zigzagueantes que nos conducen poco a poco hasta las estribaciones de la cordillera donde se asienta el pueblo. Seguimos muy de cerca el cauce de la quebrada El Rincón hasta llegar a Canaguá, situado en la cabecera de un valle amplio regado por las quebradas El Ricón, El Salado y el río Canaguá.

Las calles del pueblo son muy limpias, están bien trazadas y son suficientemente anchas. A la entrada nos recibe su iglesia de líneas sencillas: fachada lisa con tres arcos de medio punto y rematada por un frontis rectangular. Una torre cuadrada en el centro por pilastras paralelas que terminan en una pequeña cúpula. La nave central esta rematada por una cúpula octogonal en el ábside, que nos hace recordar la cúpula de la Catedral de Florencia. La iglesia pintada de rojo terracota, contrasta con el verdor del contorno. En su interior bastante austero, destacan los vitrales en los muros laterales con imágenes de los santos patronos de cada una de las parroquias del municipio.



Su plaza Bolívar es una de las más hermosas de Mérida. Ha sido remodelada recientemente. Se hizo un nuevo trazado colocando una luneta en el lado norte de donde arrancan caminerías que forman un diseño muy agradable. Destacan por sobre todo sus hermosos jardines de capachos, gladiolas, novios, hortensias, rosas y otros arbustos de gran vistosidad. Se colocaron nuevos bancos de hierro forjado, farolas antiguas, grutas y cascadas de aguas cantarinas que refrescan en las horas templadas. Los pisos son de mosaicos de terracota y granito blanco. También a la estatua del Libertador se le hizo un nuevo pedestal.

Nos detenemos en un restaurante situado frente a la plaza Bolívar, diagonal a la iglesia. El lugar es una casona vieja acondicionada, con muchas mesas en su interior. Es atendido por un matrimonio joven quienes toman la orden de la cena que nos será preparada en unas dos horas. Es una costumbre en éstos lugares el ordenar la comida

con varias horas de anticipación, pues la afluencia de visitantes es muy baja. Además de esta forma tendremos una comida recién preparada.

El poblado transmite una sensación inefable de calma y sosiego, que viene quizás de sus casas coloniales de una sola planta con tejados rojos. La gente del pueblo es amable y sabe tratar a los turistas. El saludo en la calle es casi una obligación. Nos alojamos en una posada, llamada Hotel la Inmaculada, de construcción reciente, situada en la Av. 3 Centenario con calle No. 3, una cuadra abajo de la plaza Bolívar. Es muy limpia, sencilla y funcional. Nuestra habitación estaba en el piso de arriba, con capacidad para tres personas. Pagamos Bs. 5000 por la noche. Tenía baño privado con agua caliente y acceso a un vistoso balcón desde donde columbramos una vista maravillosa de todo el pueblo. El clima es agradable y las noches son frescas con algo de neblina.

Después de cenar un pollo guisado, en el restaurante de la Plaza Bolívar, salimos a caminar por el pueblo hacia la parte baja a través de la calle principal que pasa por enfrente de la iglesia y sale de los linderos.

Vimos algunos bares con billar y pool, y continuamos bajando hasta atravesar un pequeño puente sobre el río. A medida que uno se aleja de la plaza se ven más casas con techo de zinc, esto por su puesto afea la vista y rompe con el estilo tradicional del pueblo. Debido a las prohibiciones del corte y transporte de madera, la arquitectura se afea un poco, pues no se pueden tener techos, ventanas ni puertas de madera. Tampoco se pueden fabricar las tejas, pues éstas se queman en éstos lugares dentro de hornos alimentados por leña.

Paramos en la Casa de Cultura de la Universidad de los Andes. Casa de una sola planta en donde se desarrollan actividades de pintura, juegos, lecturas, música y teatro por parte de los jóvenes del pueblo. En aquel lugar conversamos con la encargada de la casa, quien nos recibió amablemente, nos contó acerca de los planes que se

desarrollaban allí, y nos dijo que tenían necesidad de libros y juegos para estimular a los niños y jóvenes. Me comprometí a enviarles algunos libros tan pronto como llegara a Mérida.

En Canaguá hay varias escuelas, un liceo y un pequeño hospital, el único de los Pueblos del Sur, para atender una población de un poco más de 40.000 habitantes de la región. También posee un estadio cubierto en donde se celebran actos deportivos y culturales. La Patrona de Canaguá es la Virgen del Carmen, pero las fiestas patronales del pueblo se celebran en Carnaval. También rinden devoción a la virgen de Fátima y a San Isidro Labrador. Durante el mes de diciembre se celebran algunas festividades especiales de gran tradición popular, como son las misas de aguinaldos, la búsqueda del niño y los toros de candela.

A pesar de ser Canaguá un poblado bonito, capital de municipio y con ciertas comodidades, el aislamiento del mundo exterior, siempre hace mella en el espíritu de sus habitantes. Nos cuentan que es muy frecuente quedar incomunicados, por el mal estado de las vías, durante la estación lluviosa.

Canaguá fue asiento de una comunidad indígena pre-hispánica, cuyos primitivos moradores eran los indios canaguás. En 1777 se produce la primera compra y repartición de los terrenos en Canaguá, en el Poblado de Bailadores, de acuerdo al seminarista Honegger Molina García, cronista del Municipio Arzobispo Chacón,

" Dichos terrenos conformados por 40 estancias, a un costo de 100 patacones, fueron adquiridos por cuatro comuneros de la región. Después de 1781, año del movimiento Comunero de Mérida, los dueños fueron dispersados, perseguidos y algunos murieron, entonces sus hijos hicieron las ventas y reparticiones para comenzar a ocupar las tierras"

Canaguá fue elevado a municipio el 27 de Junio de 1872. Por muchos años siguió siendo un pequeño poblado perdido e ignorado en la geografía del Estado Mérida.

El 16 de Enero de 1965 fue ascendido a Distrito bajo el nombre de Monseñor Acacio Chacón. Hoy día la región forma parte del Municipio Arzobispo Chacón, con parroquias Capurí, Chacantá, El Molino, Guaimaral, Mucutuy y Mucuchachí, con 17.231 habitantes.

Hoy continuaremos nuestro recorrido por el Sur Merideño. Chucho, el chofer del jeep y compañero de viaje, nos espera enfrente de la posada. En la mañana muy temprano desayunamos en el mismo lugar con una buena ración de huevos en perico, jamón, cuajada criolla y chocolate. Subimos al vehículo, llenamos el tanque de gasolina y nos dirigimos hacia Chacantá.